

Moreno; entre la historia y la leyenda

En el fin de los fines ¿qué es esto?

LEZAMA

Oscar Zanetti

DESDE LA MADRUGADA DEL 10 DE MAYO LA NOVEDAD comenzó a volar por «la red»: la noche anterior había muerto en Miami Manuel Moreno Friginals. Grave-mente enfermo desde meses atrás, parecía como si este hombre no pudiese vivir más allá del siglo que tantas face-tas de su personalidad encarnaran. El impacto no fue, por tanto, la sorpresa, sino la magnitud de la pérdida; nada menos que el mayor de nuestros historiadores vivos.

Ahora, cuando la obra toda ya está escrita, comienza el complicado, interminable proceso —literalmente plagado de estiras y encoges— mediante el cual una cultura asigna espacios a sus creadores. No ignoro los riesgos de figurar entre quienes inician la marcha, cuando todavía las cir-cunstancias son más propicias para la evocación que para el examen. Pero el recuento, en lo social, se hace indispen-sable y en lo personal es, hasta cierto punto, una deuda.

Fue Moreno uno de los primeros historiadores cuba-nos con verdadera formación profesional, adquirida en el entonces recién creado Colegio de México. De regreso a Cuba, tras diversos empeños intelectuales, publicaría su primera obra significativa: *José Antonio Saco; estudio y biblio-grafía*, severo análisis de una de las personalidades más controvertidas de nuestra historia, encuadrado de algún modo dentro de lo que en Latinoamérica comenzaba a denominarse «revisionismo historiográfico». Aquella ten-dencia, de fundamentación marxista más o menos defini-da según los casos, utilizaba el enfoque de clase para des-montar los mitos fundadores en torno a los cuales habían modelado sus «historias nacionales» las burguesías del continente. Al margen de alguna estridencia escandalosa,

en Cuba dicha línea de análisis produjo, sobre todo, una obra trascendental: *Azúcar y abolición*, de Raúl Cepero Bonilla. Por su talante retador, este tipo de historia ganaría a sus cultivadores en nuestro país, no solo la ojeriza de los variados exponentes de la historia tradicional cubana, sino incluso de la propia historiografía marxista más ortodoxa que, quizás por haber nacido en la época de los «frentes antifascistas», se había limitado a «reinterpretar» el viejo discurso histórico nacional, sin generar mayores modificaciones de esencia.

Más por imperativos económicos que profesionales, Moreno durante buena parte de la década de 1950 se radica en Venezuela, donde acumula una fructífera experiencia como gerente publicitario. En 1959, la Revolución Cubana lo pone de regreso al país y a la profesión. Aunque coloca sus conocimientos técnicos al servicio de actividades de tanta urgencia como el comercio exterior, estas le ofrecieron tiempo y posibilidades informativas suficientes para los quehaceres historiográficos. De ellos surgiría el primer tomo de *El ingenio; complejo económico social cubano del azúcar*.

La publicación de esta obra en la Cuba de mediados de los sesenta fue todo un acontecimiento. Con un panorama editorial dominado por los imperativos de la enseñanza y la divulgación, las monografías históricas resultaban más bien una rareza, y los esfuerzos por revisar el pasado «a la luz» del marxismo a veces arrojaban pintorescos —y hasta escalofriantes— resultados. *El ingenio* se proponía desentrañar la lógica del desarrollo histórico cubano a partir de su eje material, la producción azucarera, pero entendiendo ésta como el fundamento de toda una civilización cuyas manifestaciones sociales, políticas o ideológicas debían rastrearse hasta lo más recóndito. Tras semejante empeño se hallaba un autor que manejaba documentos ignorados, hacia gala en su análisis de un marxismo fresco y penetrante y, además, escribía como los dioses. Para Cuba, para el Caribe, para toda la América de la esclavitud y la plantación, la aparición *El ingenio* marcó un hito historiográfico.

No es difícil imaginar el impacto de una obra así sobre los que entonces estudiábamos Historia en las aulas universitarias, ni ha de sorprender que suscitase airadas reacciones entre quienes pretendían mantener la historiografía nacional dentro de los más estrechos cauces. En la publicación de *El ingenio* tiene una de sus raíces la polémica acerca del proceso de formación nacional sostenida por los más destacados historiadores cubanos en ocasión del centenario de la guerra de 1868, peculiar discusión en la cual, con distintos enfoques y de manera generalmente implícita, se intentaba definir cómo habría de ser el discurso histórico nacional de la Revolución. Moreno, que aportó al debate textos como «Azúcar, esclavos y revolución», también daría a la luz en aquellos años un breve e imprescindible ensayo, «La historia como arma», en cuyas páginas ponía de manifiesto algunos principios de su labor investigativa y expresaba también, con apasionado compromiso, su criterio sobre el papel del historiador en el proyecto revolucionario. Un compromiso principalmente intelectual, debo advertirlo, porque la personalidad inquieta, más bien informal, y hasta veleidosa, de Moreno Friginals, en modo alguno resultaba proclive a los rigores de una militancia política.

Sin detener la edificación de su *Ingenio*, Moreno continuaría conciliando la labor intelectual con disímiles actividades. Su relativa marginación de los circuitos académicos —promovida, pero también asumida— le resultó una ventaja cuando esos medios se ensombrecieron por el dogmatismo y la esquematización, en una tendencia que circunscribía las relaciones intelectuales a las fronteras del «campo socialista». Moreno, en cambio, continuó haciendo gala del espíritu renovador que lo caracterizara y, con mentalidad abierta y crítica, difundiría, junto a Juan Pérez de la Riva, las innovaciones metodológicas de la «nueva historia». Se me han hecho inolvidables sus intervenciones en un curso de posgrado en la Universidad de La Habana, a mediados de 1973, donde además de exponer diversas aplicaciones de los métodos cuantitativos, nos alertaba sobre las posibilidades —entonces insospechadas— de la computación electrónica. Ni la invectiva de algún dogmático iracundo, ni alguna que otra zancadilla burocrática, resultaron obstáculos sensibles para que Moreno concluyese el suntuoso edificio de *El ingenio*, cuya versión definitiva, en una bella edición cubana de tres tomos —la única hasta el presente—, vería la luz en 1978.

En los años ochenta, el historiador, ya insigne, comenzaría a pagar el precio de la fama, cuyas tentaciones y compromisos traspasan en ilusiones tantos grandes proyectos. No faltan, sin embargo, dentro de su fragmentada producción de aquel tiempo, artículos cargados de sabiduría y sugerencias. Habría que esperar a la década siguiente para que nos entregase un nuevo libro, fruto de la investigación desarrollada junto a su hijo José Joaquín sobre el impacto migratorio que tuvieron en Cuba las movilizaciones militares españolas durante las guerras coloniales. En el curso de los actos de homenaje que le rindieron en 1990 distintas instituciones del país por su setenta cumpleaños, nos adelantaba ya, con su invariable entusiasmo, los hallazgos de esa pesquisa que habría de plasmar en *Guerra, migración y muerte* (Colombres, 1993).

Y después, en 1994, fue la partida; un acto que muchos todavía lamentamos. En la prensa de Miami se ha afirmado que quienes en Cuba se sorprendieron con ese paso —y «le dieron la espalda»— no entendían cómo Moreno había tomado una decisión que habría de cerrarle las puertas de tantas instituciones culturales en el mundo. Como si determinación semejante pudiese obedecer a criterios de mercadotecnia académica. La cuestión no era de cálculo, sino de sentimiento. Por ello, aun admitiendo de su parte posibles discrepancias y hasta contradicciones —respetables, aunque no siempre respetadas—, el absurdo nos parecía evidente. Lo que no alcanzamos a comprender quienes apreciábamos a Moreno —y continuaríamos tratándolo con el afecto que merecen su obra y su carácter—, lo que se nos hacía inaceptable, es que este gran historiador dejase a su país en crisis, para irse, a Miami, a echar su suerte con la descendencia —si no económica, ciertamente ideológica— de la sacrocracia cuya gestión histórica tan profundamente censurara.

La etapa final en la vida de Moreno no resulta especialmente fecunda en realizaciones científicas. Mal pudiera achacarse ello a circunstancias contextuales, pues a una edad tan avanzada se hace difícil concebir, y mucho más

ejecutar, empresas intelectuales de envergadura. Un año después de marcharse al exilio, en 1995, se publica en Barcelona el que sería último de sus libros: *Cuba/España España/Cuba. Historia común*. No era este, como *El ingenio*, el producto de una investigación profunda y prolongada, sino más bien una suerte de balance de estudios y experiencias. En sus capítulos se plasman desde resultados parciales de la «Historia de la Cultura Cubana» que en los años ochenta emprendiera Moreno con los colaboradores de su cátedra en el Instituto Superior de Arte de La Habana, hasta datos preciosos, e incluso curiosidades, acopiados durante largos años de investigación. Se trata de un texto desigual —ya lo hemos dicho—, a mitad de camino entre el ensayo y la síntesis histórica, donde el autor entrelaza reflexiones profundas y anécdotas chispeantes, revaloriza procesos e ilumina páginas opacas en el pasado cubano... y también abjura de criterios por mucho tiempo sustentados. Pero, por encima de todo, esta obra postrera conserva el aliento vital, ese infatigable afán de renovación que alentó la trayectoria de aquel historiador magistral.

Ha entrado ya Moreno Fraginals en el Panteón de la cultura cubana. Queda para el futuro la necesidad de una valoración minuciosa de su obra y también, por que no, el placer de un recorrido reposado por su vida, aderezada con un espléndido anecdotario. En ella hay material abundante para la saga. El tiempo suele empeñarse en moldear al autor una imagen adusta en la horma de su obra imperecedera, pero sospecho que, en el caso de Moreno, ella nos quedará para siempre entre la fábula y la realidad, entre la historia y la leyenda. Como el quería.

(Tomado de *La Gaceta de Cuba*)